

OTRAS VOCES



EL CORREO CATALÁN

ARCADI
ESPADA

iPerdura, vence!

Querido J:

El de los hijos y los padres empieza a ser un grave asunto cuando uno deja de ser hijo. Tú y yo estamos en ese momento porque ya murieron los padres; pero también puede ocurrir sin que mueran, cuando los padres, por la enfermedad o la vejez, quedan apartados, pura y duramente decorativos. Y es obvio que el asunto exige tener hijos. Me es difícil imaginar la vida de los que no son hijos ni padres; a qué recursos acudirán para limitar su libertad y no hacer de su vida un sayo. Un tipo de familias, por cierto, que crece en el primer mundo: la revista *Time* dedicaba su portada del 12 de agosto a las parejas sin hijos y un estudio de la London School Economics analizaba, con inquietud apenas soterrada, la evidencia de que las mujeres más inteligentes están dejando de ser madres.

Crece los *childfree*: cuando tenerlo todo significa no tener hijos, describe *Time* con

«Es difícil imaginar la vida de los que no son hijos ni padres, a qué acudirán para limitar su libertad»

«Crece el porcentaje de hijos de madres solteras, entendiendo por solteras no sólo las no casadas»

severa síntesis. Como crece, y notablemente, el porcentaje de hijos de madres solteras, entendiendo por solteras no sólo la que no está casada, sino la que está suelta y libre. Un grupo social, por cierto, al que habría

que recitarle, a él y a sus frívolos apologistas, este párrafo de *Coming Apart*, el importante libro de **Charles Murray**, que veo citado en el blog de **Eduardo Robredo**: «No importa cuál sea el resultado que se examine, calidad de la relación entre madres e hijos, conducta en la infancia (agresión, delincuencia o hiperactividad), delincuencia en la adolescencia, problemas en la escuela, abandono, salud emocional y cualquier otra medida sobre lo bien o mal que lo hacen los niños en la vida, la estructura que produce mejores resultados para los niños, en promedio, es la de dos padres biológicos que permanecen casados. Los padres divorciados producen los siguientes mejores resultados. El que los padres se vuelvan a casar o permanezcan solteros hasta que los niños crezcan no supone ninguna diferencia. Las mujeres que nunca se casan dan los peores resultados. Todas estas afirmaciones se mantienen teniendo en cuenta el estatus socioeconómico de la familia. No conozco ningún otro conjunto de hallazgos importantes que sea tan ampliamente aceptado por los científicos sociales que están al tanto de la literatura técnica, sean progresistas o conservadores. Y aún así son ampliamente ignorados por los programas de noticias, por los editorialistas de los periódicos más importantes, y por los políticos de los dos partidos mayoritarios.»

Ya está toda la puñetera carta inundada de sociología, cuando yo quería hablarte de padres e hijos, ipero de uno en uno! Sobre todo de **Francis Scott Fitzgerald** y de la que fue su hija, **Scottie**, a partir de este *Cartas a mi hija* (Alpha Decay), que está entre lo más emocionante que he leído últimamente. El libro, la correspondencia, va de 1933 a 1940: los siete últimos años de la vida del escritor, que morirá pocos días después de la última carta, y los que van entre los 11 y los 19 de su hija. La emoción radica en observar, debajo de las puntillosas, prosaicas y obsesivas instrucciones de un padre a su hija, la



RAÚL ARIAS

lucha feroz de este hombre por sobrevivirse. No sé hasta qué punto Scott Fitzgerald presagiaba que su vida iba a ser corta, aunque su salud y sus costumbres así lo insinúan; pero toda la correspondencia es un angustioso intento de perdurar. Y lo más importante: descrito sin sombra literaturizante, con prosa comercial. Eso es lo que lo hace de veras originalísimo y darwiniano, que entre las líneas pueda verse un gen hablándole al otro, ordenándole, iperdura, vence! La edición de las cartas incluye un prólogo de la hija. Declara su acuerdo con **Malcolm Cowley**, el cronista de la generación perdida, que una vez dijo que Scott Fitzgerald no escribía estas cartas a su hija sino a sí mismo. De ninguna manera. Se las escribía a su hija. ¡Vaya si se las escribía! Pero el tema era él. El tema era el viejo tema del Padre. Esto que con tanta exactitud y tanta melancolía (animalitos que no suelen llevarse bien) describe Scottie en el último párrafo de su prólogo: «Escuchen ahora atentamente a mi pa-

dre. Porque da buenos consejos y estoy segura de que, si no hubiera sido mi padre, a quien amé tanto como odié, ahora sería la mujer más cultivada, atractiva, exitosa e inmaculada sobre la faz de la Tierra.»

Mientras leía las cartas de Scott Fitzgerald fui a buscar un **Simenon**, como cada seis meses. Aún tengo varios por leer. En la contraportada de *El hijo del relojero* (Tusquets) estaba esta frase: «Pero un sábado por la noche, Ben no regresa a casa» y no hubo más que leer para llevármelo. El más sombrío y devastador Simenon entre los que conozca. ¡Aunque tienes que contar con mis circunstancias! Casi sin quererlo, como es habitual y esmerado truco en el autor, la novela describe la primera contradicción de la vida: mientras el padre lucha para que el hijo sobreviva, el hijo

sólo se ocupa de los preparativos de su duelo. Responsabilidades tan diversas... En el desolado relato de Simenon (nadie comprende a nadie mientras dura su encuentro) se advierte una de las inexorables condenas que ha de acatar el hombre sin hijos, que es la de no poder comprender plenamente al que fue su padre.

Solo me faltó, esta dura semana, el encuentro con un **Georg Trakl**, en 1913. *Un año hace cien años* (Salamandra), el entretenido libro del periodista del Frankfurter Florian Illies. Del género *people*, solo que se trata de **Freud**, **Wittgenstein**, **Rilke**, **Kokoschka**, **Alma Mahler** y **Karl Kraus** y otras *celebrities*. Grita el joven Trakl en un poema, autoinculpándose: «¿Qué te obliga a permanecer inmóvil en la escalera desmoronada de la casa de tus padres?» Ahora nada importante, Georg. Pero volverás allí, si todo es conforme.

Sigue con salud
A.



LA POLÉMICA NACIONAL

VÍCTOR
DE LA SERNA

>SE PROLONGA LA CRISIS EN TORNO A GIBRALTAR

Con nuevos elementos, desde la entrada en escena de la flotilla de la Royal Navy hasta la incumplida prohibición de meter materiales de construcción a través de la Verja y pasando por las declaraciones de Fabian Picardo a EL MUNDO, la tensión hispanobritánica en torno a Gibraltar se alarga en el tiempo sin visos de solución.

Escépticos, como siempre, ante la postura española

José María Carrascal es uno de los poquísimos periodistas españoles que saben de verdad de qué hablan cuando mencionan Gibraltar: muchos decenios en la ONU... Tras un mes de crisis, escribía en *ABC*: «¿Qué salida hay? Pues hacer ver a los gibraltareños que dependen físicamente de España y, a los ingleses, que tienen que pagar por retener esa colonia. Tal vez los gibraltareños prefieran mantener su estatuto colonial viviendo peor, pero los ingleses sólo respetan la fuerza y el dinero. La fuerza no es opción, pero rascarse el bolsillo, sí. Y ahí les duele».

Pero concluía Carrascal: «Aunque lo que unos y otros confían es que, como tantas otras veces, haya un cambio en la política interna española y, tras este rebrote de la crisis, Gibraltar vuelva a ser el de siempre. Eso nos duele a nosotros. Y no sólo en el bolsillo.»

En *El País* también reina el escepticismo, y mucho más marcado aún. El abogado **José María Ruiz Soroa** constataba: «La descripción más adecuada para el problema de Gibraltar es la de que se trata de un problema que le viene grande a un Estado como España. Que nos viene grande. Que desbor-

da claramente la capacidad de gestión y solución de que dispone ese Estado. Trescientos años es un tiempo más que suficiente para llegar a esta conclusión inapelable. (...) Malamente se puede esperar que la sociedad española tenga 'sentido de Estado' cuando el propio Estado español lo posee tan débil». ¿La solución, pues? Para Ruiz Soroa, que venga un tercero, tipo Tribunal de La Haya, y decida. Lo que sea.

En las mismas páginas, **Juan Cruz**, citando a **Dionisio Ridruejo** y todo, veía renacer en las charletas radiotelevisivas el espíritu del franquismo en torno al Peñón: «Ahora salta otra vez a la yugular de las tertulias ese guineo de la patria, o Patria. La patria (como la Patria) merece mucho respeto. Pero el exceso de gelatina jode las cosas de comer. (...) Dicen las lenguas que un alto

funcionario español le espetó en una escalera mecánica de Bruselas a un colega británico: '¡Gibraltar español!'. Espero que la patria (y la Patria) merezca en este caso y siempre algo más que puerilidad y fanfarronería. No la toquen tanto, no se merecen tantos tristes ripios».

No se resignaba, en cambio, el almirante retirado **Ángel Tafalla**, quien, en *La Razón*, reclamaba que España haga lo mismo que está haciendo la Royal Navy: «Los buques de la Armada con sus acciones, o simplemente navegando por diferentes zonas, pueden reforzar reivindicaciones diplomáticas, ejercer jurisdicción legal o medioambiental en particular y son especialmente aptos para mandar el mensaje de que la firmeza no es exclusiva de nadie en defensa de nuestra legitimidad».